

hasta atrás

El ladrón de bicicletas

TEXTO: CARMEN BOULLOSA

No me refiero a *El ladrón de bicicletas* de Vittorio de Sica, la película que todos amamos. Se llama Igor Kenk, tiene pasaporte de Eslovenia y vive en Toronto con una pianista, Jeanie Chung. Es un ladrón al que podemos calificar de serial: la policía le incautó 2,865 bicicletas.

Igor Kenk, dueño de una tienda de bicicletas de segunda mano, tenía prestigio de trabajador social porque empleaba a vagabundos y pacientes externos de una institución para enfermos mentales –hoy sabemos que eran contratados para robar bicicletas–.

La imagen del panteón de miles de biclas, las llantas hacia arriba, apoyadas con sus manubrios al piso, si no fuera real sería maravillosa. ¿Para qué acumuló Igor Kenk esa cantidad? ¿Soñaba con exportarlas, participar con una red internacional de ladrones de bicicletas? Leo que es “el hombre más odiado de Toronto”, ciudad donde las bicicletas son un importante modo de transporte. Uno de cada cinco toronteses son ciclistas “utilitarios”, 939 mil, entre los mayores de 15 años, se autocalifican como ciclistas, 388 mil de éstos las utilizan para ir al trabajo, a la escuela, son el 20 por ciento de la población. Otros 862 mil usan las biclas para pasear o hacer ejercicio, hacen un millón 600 mil viajes a la semana. Pero aunque los ciclistas sean tan numerosos en Toronto y aunque el número de biclas robadas no sea insignificante, la expresión “el hombre más odiado de Toronto” nos apunta, más que su significado literal, lo segura que es la ciudad, los bajos indicios del crimen, la calidad de vida.

Si en Ciudad de México el “más odiado” fuera el ladrón que se habrá robado un cálculo de un millón de tapones de gasolina, rines o espejos retrovisores... pero el título va sin duda para algún mochaorejas, decapitador o torturador durante secuestros o en separos policíacos.

Junto a las bicicletas de Igor Kenk, escondidas en distintas bodegas, encontraron dos tipos diferentes de cocaína y algunita mariguana. La policía sospecha que las usaba para pagar los servicios a sus colaboradores, yo imagino que como meras propinas por los servicios prestados, una manera de tener felices a sus empleados. También almacenaba centenas de candados nuevos para bicicletas, cosa que asombra a algún

reportero, pero no a mí: si azota una enfermedad, es buen negocio traficar con el remedio.

La novia, Jeanie Chung, la pianista, estaba en el idílico centro para las artes Banff, donde formaba parte del profesorado de un interesante y excelente programa para intérpretes de piano cuando ocurrió el arresto, de ahí la hicieron volar hacia Toronto en carácter de urgencia, pues se sospecha responsable de posesión de drogas. Bien a bien no sé por qué la culpan. ¿Encontrarían sus huellas estampadas en una bolsa de cocaína? Imagino esta escena: la pianista revuelve a ciegas un cajón, busca con el tacto una partitura que se le ha extraviado, sus dedos dan con la bolsa de plástico, la tocan repetidas veces. Pero sólo la toca, porque lo que ella está buscando es su partitura, y el tacto basta para saber que esa cosa blandita no es lo que quiere, así como sólo sus huellas son suficientes para que los policías la crean sospechosa y la obliguen a abandonar el paradisíaco centro de las artes Banff, una de las dos únicas maestras de un programa específico para pianistas.

La otra, la tutelar, es Lydia Chung, conocida intérprete predilecta de Penderecki. Ha estrenado algunas de sus obras, y las ha vuelto a tocar en el Festival Cassals de Puerto Rico y en el Carnegie Hall.

De pronto, esas bicicletas huérfanas que vi tiradas por la policía en un estacionamiento de sus dependencias, por el azaroso lazo de la amistad y el amor, y por unos dedos de pianista buscando su partitura, quedan atadas a las inolvidables películas *El resplandor* de Kubrick, *El exorcista* de Friedkin, *Salvaje de corazón* de Lynch, *Children of Men* de Cuarón y a la última de Wadja, porque todas éstas llevan alguna o varias composiciones musicales de Krzysztof Penderecki. Vernos de pronto en la tierra del acetato es lo único que tiene algún sentido de toda esta historia, porque lo que es cierto es que la fotografía del cementerio de bicicletas que vi cuando leí la noticia del peculiar ladrón por primera vez, bien parece una escena más de una película. •

CARMEN BOULLOSA

Ciudad de México, 1954. Escritora. Su novela más reciente es *El velázquez de París*, publicada por Ediciones Siruela.